

*PÁGINAS INOLVIDABLES I*

***EL MISTERIO DE LA MUERTE  
EN HUGO WAST***

*Prof. Daniel Omar González Céspedes  
San Rafael (Mendoza)<sup>1</sup>*

**I. Introducción**

La realidad nos muestra que estamos viviendo y padeciendo una crisis muy profunda. Los valores están cada vez más trastocados y subvertidos. La mediocridad, la frivolidad, la vulgaridad, la chabacanería, lo anti-nacional nos acorralan.

El único vuelo que se vislumbra es el de la gallina; ya casi no vemos águilas. ¿Qué hacer entonces? Volver a un verdadero magisterio de los arquetipos; porque la misión educadora que llevan a cabo los arquetipos en la vida de los pueblos y en la de los hombres es sumamente importante. Muchos jóvenes –y algunos no tan jóvenes– están cada vez más embobados por los ídolos que la moda les impone. Urge, por lo tanto, rescatar los verdaderos paradigmas y presentárselos para que esa edad juvenil vuelva a ser la del entusiasmo y la del heroísmo.

Señalaba muy bien el P. Alberto Ezcurra que «Cuando un joven mira a una persona, la conoce y la admira, tiende a imitar a esa persona. El arquetipo, el modelo que se nos pone delante, entonces, es fundamental para nuestra vida. Nos vamos haciendo parecidos a la imagen de aquellas perso-

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional sobre Escritores Argentinos «Homenaje a Hugo Wast en el Cincuentenario de su fallecimiento (1883-1962)». El Congreso se llevó a cabo en el Bachillerato Humanista «Alfredo R. Bufano», San Rafael, Mendoza, los días 17 y 18 de agosto de 2012.

nas que aprendimos a conocer y que aprendimos a admirar»<sup>2</sup>. Hugo Wast es uno de esos paradigmas dignos de admirar y de imitar.

En la presente ponencia abordaremos el tema de la muerte tal como lo trató Martínez Zuviría en algunas de sus obras: Principalmente en «Navega hacia alta mar»; en el capítulo «El amor a la vida y el amor a la muerte» del libro «15 días sacristán»; en «Un filósofo ante la muerte» en «Naves, oro, sueños» y en el capítulo «La muerte» del libro «Desierto de piedra».

El tema de la muerte, «máximo enigma de la vida humana», siempre ha sido motivo de grandes reflexiones y meditaciones.

«Piensa en las postrimerías y no pecarás», nos dice el Eclesiastés (7, 40).

Gustavo Martínez Zuviría pensó y meditó profundamente este gran misterio de la muerte y nos dejó páginas brillantes, comparables a las que escribiera Tomás de Kempis en la «Imitación de Cristo». Tenemos en su libro «Navega hacia alta mar» un auténtico y valioso tratado de ascética: «lo importante -nos recuerda- es vivir y morir en la amistad de Dios». Dice, al respecto, Juan Carlos Moreno que este libro contiene «profundas verdades humanas y divinas encaminadas a excitar en el lector serias meditaciones sobre lo deleznable de la vida terrena y la firmeza de la eternidad que se avecina para todos».<sup>3</sup>

Dicen que «el hombre muere como ha vivido». Si bien esto no es taxativo, en Gustavo Martínez Zuviría se cumplió al pie de la letra. Tuvo una buena muerte porque supo y eligió vivir como se debe, esto es amando a Dios sobre todas las cosas y con una sincera y efectiva actitud de servicio a la Patria Argentina.

La muerte no lo sorprendió. Él estaba preparado para el salto final. Había cumplido fiel y acabadamente su misión; había peleado el buen combate. Podía esperar, entonces, con serenidad, el Premio. También sabía con San Pablo, que el hombre no perece, sino que se transforma; que

<sup>2</sup> P. A. EZCURRA, *Tú reinarás. Espiritualidad del laico*, Kyrios Ediciones, San Rafael, Mendoza, 1994, 15.

<sup>3</sup> J. C. MORENO, *Gustavo Martínez Zuviría. Argentinos en las letras*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962, 77.

Cristo es la Resurrección y la Vida, y quien cree en Él, resucitará en el último día.

Veamos, entonces, qué nos dice Gustavo Adolfo Martínez Zuviría sobre este misterio.

## **II. El misterio de la muerte en algunas de sus obras**

### **a- En «Navega hacia alta mar»**

Decíamos que Hugo Wast nos ha dejado en distintas obras, bellas reflexiones sobre la muerte, pero es en «Navega hacia alta mar» donde encontramos este tema de un modo sistematizado, por así decirlo. Este libro es fruto de la madurez espiritual del autor.

Son muchísimas las páginas de este libro donde el autor trata de la muerte. Nos limitaremos a exponer algunas breves meditaciones -las que nos llamaron más la atención- porque nuestra intención es justamente que las lean y mediten, y así, cada uno, pueda obtener el máximo provecho espiritual.

Vemos en éstas su insistencia en el arrepentimiento, en que estemos preparados para cuando nos llegue el momento, en huir de las glorias humanas y maravilla al lector el sentido que Martínez Zuviría le asigna a las cosas.

-«*Llegar a puerto*»: A Hugo Wast le sorprende que se diga: «¡Pobre hombre, ha muerto!».

«No piensan los que hablan así que morir es llegar al término del viaje. Y así como no se nos ocurre lamentar la suerte de un barco cuando llega al puerto, no deberíamos lamentar la de una persona que muere.

A tal punto está extraviado el concepto de las cosas trascendentales, que la vida se nos presenta como el mayor de los bienes y la muerte como el peor de los males.

Triste y pernicioso error el nuestro»<sup>4</sup>, concluye.

---

<sup>4</sup>H. WAST, *Navega hacia alta mar*, Ediciones Vórtice y Didascalía, Buenos Aires, 1996, 19.

Y nos recuerda aquello de San Pablo: «Morir es mi ganancia» (Fil 1, 21).

–*«La mayor ganancia»*: «El dolor, las enfermedades, la vejez, nos devuelven el sentido de la realidad, que es muy fácil perder en la prosperidad, en la salud, en los placeres (...) La muerte inevitable nos abre la única puerta por donde se llega a la posesión de Dios, en la visión beatífica, o sea la puerta del cielo. Pero ni pensamos en ello ni lo deseamos»<sup>5</sup>.

Y en su vuelo de águila, dice algo magistral:

*«Si se pudiera hallar un medio para evitar la muerte, los hombres considerarían como el mayor benefactor de la humanidad al que lo descubriera y los hiciera inmortales. Serían entonces muy pocos los que consistiesen en abandonar el mundo, por ganar el destino que ha comprado Cristo para ellos con su Sangre y con su muerte.*

*Por fortuna para nosotros, ese descubrimiento no se realizará; y aunque sabemos que estamos condenados a morir un día u otro, seguimos distraídos, empeñados en hacer el peor de los negocios: cambiar el oro de la vida eterna por el plomo de las cosas presentes»<sup>6</sup>.*

El tema de la eternidad -ligado íntimamente al que estamos tratando- es igualmente visto con gran realismo por parte de nuestro autor.

–*«Loco de atar»*. ¿Cuántos años más viviremos? Y sin embargo seguimos desperdiciándolos como si tuviéramos mil por delante. Seguimos viviendo, nos dice:

*«con la misma ligereza, la misma preocupación con que vivía cuando niño (...) Podría ahora llenar mis días de cosas eternas, es decir, de cosas que me acompañen y me sirvan en la eternidad, a cuyos umbrales voy llegando.*

*Los dejo, empero, transcurrir vacíos, cuando no repletos de bagatelas y de cosas que me avergonzarían si me pusiese a considerarlas sub specie aeternitatis»<sup>7</sup>.*

<sup>5</sup> H. WAST, *Navega...*, 21.

<sup>6</sup> H. WAST, *Navega...*, 21.

<sup>7</sup> H. WAST, *Navega...*, 25.

La eternidad. ¿Pensamos en ella? Dice Hugo Wast que «la eternidad es hija del minuto». En un minuto podemos cambiar nuestra eternidad y nos hace recordar cómo la cambió el buen ladrón cuando le dijo a Cristo «Acuérdate de mí cuando estés en tu reino» (Lc 23, 42-43).

-*Eternidad*: Algo más sobre la eternidad.

*«Acércate a tu alma, y tú, que has divagado por el mundo entero, descubrirás un país desconocido. Cada día hallarás cosas nuevas.*

*Pero tienes que alejarte de todo lo que te distrae, para acercarte a lo que apenas te interesa. Tienes que despojarte de la ambición que te desazona, de la soberbia que te aturde, de la sensualidad que te marea. Si quieres ver tienes que cerrar los ojos.*

*Y entonces descubrirás la cuarta dimensión de las cosas humanas, que es la dimensión sobrenatural.*

*Todo lo que hay en el mundo se mide por el tiempo: una hora, un año, cincuenta años (...) Todo lo que hay en el alma, por la eternidad sin límites. No te asuste esta gran palabra, porque la eternidad es hija del minuto. En un minuto podemos cambiar nuestra eternidad»<sup>8</sup>.*

-¿Creo yo en la eternidad? No entiende cómo uno se preocupa por vivir a gusto 50, 60 ó 70 años y se desespera por prolongar la vida un año más o siquiera un mes más y no se preocupe por los millones y millones de años que se amontonarán sobre la cabeza de uno convertida en polvo. Y se pregunta: «¿No es absurdo que cuide ese puñado de tiempo y descuide mi eternidad?» Y remarca «mi eternidad» pues dice que será «lo único que habrá sacado de este mundo, como una propiedad irrevocable e intransferible»<sup>9</sup>.

Le encuentra una sola explicación al descuido en la preparación de la eternidad: que no se crea en ella, que se crea que el alma se disuelve con el cuerpo, que todo se acaba en este mundo. Y concluye con este juicio terrible pero cierto: «Tremenda cosa es caer en la eternidad sin haber creído en

---

<sup>8</sup> H. WAST, *Navega...*, 224.

<sup>9</sup> H. WAST, *Navega...*, 230.

ella. Pero mucho más tremendo es caer en esa tiniebla insondable habiendo creído y habiendo vivido como si no creyésemos»<sup>10</sup>.

**b- En «Naves, oro, sueños» y «15 días sacristán».**

En «Naves, oro, sueños» y «15 días sacristán», Hugo Wast medita también sobre el misterio de la muerte y lo trata comentando la muerte del escritor Anatole France, uno de los más encarnizados enemigos de Dios.

Cuenta que se halló entre los papeles del filósofo un pasaje de Lucrecio, copiado de su mano, que aprendió de memoria y repetía perseverantemente en sus últimos días. «¿Qué es la muerte y qué me importan sus terrores, si el alma ha de desaparecer con el cuerpo?»<sup>11</sup>.

Y nuestro escritor medita:

«¡Si el alma ha de desaparecer con el cuerpo! (...) ¡Ahí está la cuestión! La falta de lógica de este razonamiento pueril, que fue el único alimento espiritual del autor de *El jardín de Epicuro*, salta a la vista de todo hombre de buena fe. Si el alma ha de desaparecer con el cuerpo, no hay duda tampoco, para mí, que la respuesta de un filósofo de la envergadura moral de Anatole France debe ser, ante el anuncio de la muerte próxima, un sonriente y sincero *Je m'en fiche* (...) ¿Pero estaba seguro Anatole France de que el alma cesa de vivir con el cuerpo?»<sup>12</sup>.

Y concluye:

«¡Desventurado del que no tiene más que las palabras de Lucrecio para aliviar los terrores de sus postrimerías! Porque de allí no surge una afirmación consoladora, sino la duda, que mordió día y noche el corazón de aquel pobre hombre, que murió, no como él nos afirmaba que iba a morir, con la muerte serena de un filósofo, seguro de su filosofía, sino desesperado, y llamándose a sí mismo el más desgraciado de los hombres (...)»<sup>13</sup>.

<sup>10</sup> H. WAST, *Navega...*, 230.

<sup>11</sup> H. WAST, *Naves, oro, sueños*, Ediciones Diction, Buenos Aires, 1980, 239.

<sup>12</sup> H. WAST, *Naves...*, 239-240.

<sup>13</sup> H. WAST, *Naves...*, 240.

Porque en «15 días sacristán» que el médico de este pobre enemigo de Dios le preguntó cómo se sentía y con siniestra sinceridad, tuvo que responder: «Doctor, vea aquí el hombre más desgraciado del mundo (...)». Y le reclamaba: «¡Doctor, máteme, envenéneme!»<sup>14</sup>

Hugo Wast reflexiona así:

«Pero en el corazón del ateo se seca hasta la flor de la inmortal esperanza. Toda su esperanza está puesta en las miserables cosas de la tierra: Speravit, in pecunia et thesauris (Eccli. 31, 8).

Desdeñó la cruz, y desdeñó las promesas de Dios y se fue a dormir su último sueño bajo un laurel de hojalata barnizado de negro»<sup>15</sup>.

### c- En «Desierto de piedra».

En el libro «Desierto de piedra» (para muchos entendidos, su mejor novela) tiene un capítulo titulado, justamente, «La muerte». Este capítulo es sencillamente magistral, porque como bien dice Noriega está «lleno de admirables lecciones de bien vivir y de bien morir (...) campea la estampa vigorosa del viejo moribundo que hace llamar personalmente al cura para recibir con plena lucidez los últimos sacramentos, y que entrega luego su alma a Dios en forma envidiable, asistido por Marcela»<sup>16</sup>.

«Tengo que arreglar las alforjas para el viaje»<sup>17</sup>, le dice Don Pedro Pablo al sacerdote. Es decir, sabe de la partida y de que hay que arreglar cuentas con el Creador. Lo asiste Marcela leyéndole como el mismo Pedro Pablo le pide las preces de la recomendación del alma que se dice por los moribundos:

«Ha de haber algo para mí en tu libro de misas, allá por el fin (...) donde se reza por los que se van (...) Marcela obedeció, buscó su libro, y acercó la lámpara y leyó con voz entera, dominando su oscura emoción.

<sup>14</sup> H. WAST, *15 días sacristán*, Editores de Hugo Wast, Buenos Aires, 1929, 172.

<sup>15</sup> H. WAST, *15 días sacristán*, 163.

<sup>16</sup> H. WAST, *Desierto de Piedra*, Ediciones Didascalía, Rosario, Santa Fe, 1993, 195.

<sup>17</sup> H. WAST, *Desierto de Piedra...*, 199.

‘Cuando mis pies perdiendo el movimiento me adviertan que mi carrera en este mundo está ya para acabarse (...) Jesús misericordioso, tened compasión de mí’

-¡Tened compasión de mí!– repitió el viejo, cuya voz silbaba en sus pulmones, como el aire en un fuelle roto.

Y Marcela prosiguió: ‘Cuando mis manos trémulas y torpes no puedan ya estrechar el crucifijo, y a pesar mío lo deje caer sobre el lecho de mi dolor (...) Jesús misericordioso, tened compasión de mí.’

-¡Compasión de mí!

Marcela vio que aquella mano cadavérica se agitaba sobre la colcha.

-¿Dónde está, Marcela, dónde está?

Adivinó que buscaba el pequeño crucifijo de bronce que le diera el cura, y se lo alcanzó, y la mano se crispó en él y quiso levantarse y comenzó a temblar con el vano esfuerzo; y entonces la joven lo ayudó y la mano se levantó y don Pedro Pablo besó la cruz con la boca sedienta de misericordia.

Y siguieron rezando aquella oración pavorosa para los sanos y consoladora para los moribundos y él pareció calmarse (...)»<sup>18</sup>.

Y él pareció calmarse. Esta frase es muy importante: ¡No dudemos del poder de la oración!

El capítulo va terminando cuando el moribundo le pide a su sobrina que abra la ventana. Sigue describiendo Hugo Wast el trance de Don Pedro Pablo con una pluma que a esta altura ya estamos todos llorando de emoción:

«Los ojos mortecinos de don Pedro Pablo se fijaron anhelosamente en aquella hermosura (se refiere al cielo), y en un supremo esfuerzo alcanzó a decir:

-¡Qué grandes y qué lindas son las cosas que ha hecho Dios! ¡Y qué mal lo comprendemos hasta que nos llega la hora (...)!»<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> H. WAST, *Desierto de Piedra...*, 203.

<sup>19</sup> H. WAST, *Desierto de Piedra...*, 204.



### III. La muerte de Hugo Wast

Señalábamos que el hombre muere como ha vivido. ¿Cómo fue la muerte de H. Wast? Le debemos a Juan Carlos Moreno, otro gran escritor, conocer los detalles de la muerte de G. Martínez Zuviría<sup>20</sup>.

Él lo visitó por última vez 20 días antes de su muerte. Refiere que lo encontró de buen ánimo y notó un renovado vigor, puramente espiritual, era evidente, pues seguía padeciendo insomnio y agobiado por el asma que lo acompañó toda la vida. Le contó que había enviado un cuento, «De la niñita que besó la Hostia», a su amigo Alfonso Junco, de México, con destino a la revista *Ábside*, que aquél dirigía. El título del escrito da una idea de su contenido: la piedad y la ternura. También le contó que estaba corrigiendo las pruebas de una nueva novela. Al preguntarle cuál era el título, respondió, sonriendo, que aún no lo tenía, que allí trataba el problema de la natalidad y que causaría no pocas discusiones (Esta novela se llamó «Autobiografía del hijito que no nació», su obra póstuma, cuyo tema se ajusta a la encíclica «*Humanæ vitæ*» del Papa Pablo VI).

El 24 de marzo debió guardar cama y ya no se levantó.

Todas las mañanas, luego del desayuno, junto con su esposa, rezaba el Santo Rosario.

Quienes lo visitaran, en los últimos meses, lo encontrarían meditando la Sagrada Escritura o el Breviario Romano.

El 26 de marzo le pide a su hija Madelón que llame al Padre Max, su confesor, para que le lleve el Santo Viático. Al día siguiente recibió con devoción y buen espíritu el postrer Sacramento de la Iglesia, y comulgó en compañía de su esposa. Parecía animado de extraña vida. Después de la Extremaunción, pidió y recibió la bendición pontificia.

Esa noche no durmió. Ya presentía la proximidad del tránsito. Juan Carlos Moreno se pregunta: «¿en qué se mantuvo pensando, desvelado, la última noche de su vida terrena, el magnífico escritor?». Acaso recordase alguna escena, algún personaje: la enfermedad, la confesión, el Viático...

---

<sup>20</sup> Para este punto seguimos: «Un católico ante la muerte», en: <http://revista-arbil.icspana.68/Wast.htm>.

Tal vez acudía el Ángel de las tinieblas a perturbarlo, a desesperarlo; y su Ángel guardián, en quien creía, alejaba al maligno, y lo guardaba y lo confortaba con alguna bebida misteriosa, como aquella que bebió el Señor desfalleciente en el Huerto de los Olivos.

A las cinco de la mañana del 28 despertó a su esposa Matilde para rezar el Santo Rosario. Al terminarlo doña Matilde le pidió que postergaran las letanías para la tarde, porque estaba rendida. Poco después cuando llegó uno de sus hijos, él señaló a su sacrificada compañera, diciéndole: «Rezó el Rosario conmigo». Pidió que le leyeran las preces de la recomendación del alma que se dice por los moribundos. Se las leyó su hijo Gustavo (eran las mismas invocaciones que Marcela rezó ante el moribundo Pedro Pablo Ontiveros principales protagonistas de «Desierto de Piedra»).

Llegaron los doctores Ivanissevich y Reiviere lo examinaron y, cuando se retiraban de la habitación, doña Matilde les preguntó cómo lo habían encontrado. Ellos respondieron que lo hallaron bien, mejor que el día anterior. Doña Matilde se lo transmitió a nuestro gran escritor pero Martínez Zuviría, con un gesto y un movimiento de la mano, le dio a entender que no era así. Ya no hablaba. Ella parecía aún no advertir la inminencia del fin. Se disponía a alejarse, a buscar un vaso de agua, cuando él le hizo seña de que se aproximara como para hablarle al oído. Su esposa lo notó muy pálido. -«¿Qué te pasa?», le preguntó. El la tomó con la mano de la cabeza le hizo la señal de la cruz y le dio un beso en la frente. Fue el beso de la despedida. Enseguida volvió el rostro y murió. Había entregado su alma a Dios, Nuestro Señor. Eran las 11:15 hs.

-«Nunca vi una muerte más tranquila», le dijo la viuda de Martínez Zuviría a Juan Carlos Moreno. Una vez que llegaron sus hijos mandaron a pedir un hábito de los sacerdotes de la compañía de Jesús para amortajarlo. El P. Guillermo Furlong dio el suya. Luego acudió a rezar un responso ante el cadáver de su gran amigo. Le maravilló al jesuita la serenidad en el rostro de Hugo Wast.

Al otro día, cuando celebró la Santa Misa dijo: «Ayer contemplé el rostro cadavérico del doctor Martínez Zuviría y me impresionó su sonrisa, una sonrisa bellísima, como de aurora refulgente, que si añadía un hilo a la trama sutil de su larga y fecunda existencia, decía a las claras, así lo he interpretado, cual era la felicidad de aquel que, habiendo hambreado la belleza,

## PÁGINAS INOLVIDABLES I

el amor y la verdad y habiéndolas expresado tantas veces y con tanto éxito, las poseía infinitas y para siempre».

La noticia de su muerte fue dada por los diarios de una manera muy parca. Pero Hugo Wast eso no necesitaba.

Él, que meditó sobre la muerte y nos dejó páginas bellísimas bien pudo en el trance final decirle a la muerte como lo hizo el poeta:

Te pintan descarnada y con guadaña  
cubierta tu fealdad tras negro manto.  
Te miran con el miedo y el espanto  
con que se suele ver una alimaña.

Te nombran con rencores y con saña,  
te reciben con gritos y con llanto.  
Sólo el alma cristiana y la del santo  
con tu fiera apariencia no se engaña.

Mensajera de Dios, que al hombre llama  
para darle la vida que no muere.  
¡Beatífica visión para quien ama!

Yo no voy a entonarte un Miserere  
de lúgubres acentos, sino un ¡Hosanna!...  
¡Al cielo no se va, si no se muere!